



El primer y segundo Adán

Un sermón de George Müller de Bristol

Discurso de George Müller en la Conferencia de Cristianos en Clifton, el 6 de noviembre de 1866.

Las pocas palabras que puedo decir esta noche se referirán especialmente al objeto para el que nos hemos reunido. Primero: Algunas palabras sobre el primer Adán. Es un pensamiento solemne que es posible que haya algunos aquí presentes que hasta ahora solo pertenezcan al primer Adán, y no al segundo. Si es así, están muertos en delitos y pecados en este momento presente; todavía están arruinados; tienen ante sí la negrura y la oscuridad de la desesperación; tienen ante sí todavía la aflicción y la miseria eternas. Ahora, queridos amigos, como amo sus almas, deseo referirme al hecho de que todos los aquí presentes que ahora por la gracia de Dios estamos interesados en el Señor Jesucristo, fuimos una vez como vosotros lo sois ahora, pero le ha agradado a Dios en las riquezas de Su gracia sacarnos de ese estado. Y lo que ha hecho por nosotros, está dispuesto a hacerlo por ti. En las riquezas de su gracia, ha dado a Su Hijo unigénito, lo ha castigado, lo ha herido, lo ha magullado en nuestro lugar. El castigo que se nos debe a nosotros, los pecadores malvados y culpables, recayó sobre Jesús, quien derramó Su sangre preciosa para la remisión de nuestros pecados. La ira de Dios, que debería haber sido derramada sobre nosotros por la eternidad, cayó sobre Él. Y todo lo que Dios espera de los pecadores es que acepten lo que Él tan libre y amablemente tiene para dar en su corazón. No espera que hagamos algo para asistir o ayudar a la obra de Cristo, sino que descansemos por completo nuestra esperanza en lo que nuestro adorable Señor ha cumplido en la cruz en nuestro lugar. Para que el pobre pecador que crea en Jesús, que confía en Jesús para la salvación de su alma, obtenga el perdón pleno, gratuito y completo de todas sus innumerables transgresiones, mediante la fe en Él. Obtén el perdón de inmediato; no digas: “lo tendré algún día”; no digas: “lo tendré cuando el Señor Jesucristo vuelva otra vez”, sino recíbelo instantáneamente cuando descanses para la salvación en el Señor Jesucristo. No solo eso, sino que, por la fe en el Señor Jesucristo, llegamos a ser hijos de Dios. Por la fe estamos unidos a la familia celestial, de la cual nuestro adorable Señor Jesucristo, el segundo Adán, es la Cabeza. No dudo que la mayor parte de los presentes ahora pertenecen a esa familia. Pero permitidme invitar a aquellos que son conscientes de que solo pertenecen al primer Adán, a mirar a Jesús, a aceptar lo que Dios ofrece tan bondadosamente en Jesús y entonces sus pecados serán perdonados.

Entonces, en cuanto a aquellos de nosotros que creemos en Jesús, que confiamos en Él para la salvación y que pertenecemos al Señor Jesús, el segundo Adán que es la Cabeza de la familia celestial, ¿cómo nos conviene caminar aquí en la tierra? No se trata ahora de la cuestión de cómo seremos cuando la manifestación de los hijos de Dios haya tenido lugar, y cuando el segundo Adán, el Señor del cielo, haya sido revelado. Entonces todos estaremos llenos de amor, todos estaremos perfectamente unidos, estaremos siempre juntos, amándonos unos a otros, preocupándonos de las cosas de los demás y cuidando unos de otros. Entonces no habrá debilidad, ignorancia ni flaqueza. Pero ahora, aunque

todavía somos parcialmente ignorantes, ¿cómo debemos caminar nosotros, los que pertenecemos a esta familia celestial? El gran punto es recordar que lo que tenemos y lo que somos, lo tenemos y lo somos por la gracia de Dios. ¿Cómo es que creemos en el Señor Jesús, que estamos del lado del Señor, que le vemos como la Cabeza, y confiamos en Él para la salvación? ¿Cómo es que la vida de Jesús resucitado está en nosotros, que somos resucitados y vivificados con Él para sentarnos con Él en los lugares celestiales? Ciertamente, hermanos, no lo hicimos nosotros mismos. Fue todo por gracia que sea así: que se nos haya hecho creer en Jesús, que haya sido revelado a nuestros corazones. No solo fue dado en forma de gracia por el Padre, sino que es por gracia que siempre se reveló a nuestros corazones.

Vemos entonces que estas bendiciones vienen por medio de la gracia, y todas las demás bendiciones espirituales también por medio de la gracia. ¿Cómo nos conviene tratar con los demás mientras permanecemos aquí un poco más de tiempo en la debilidad y en la ignorancia parcial? Seguramente debemos abstenernos, ser amables, tratarnos con ternura; recordando siempre que si somos más fuertes que los demás, es por la gracia de Dios que lo somos. Suponiendo que veamos un poco más claramente en esta o aquella parte de la verdad, es solo por la gracia de Dios que lo hacemos. Podríamos haber sido más débiles e ignorantes que nuestros hermanos, y quizás realmente seamos débiles e ignorantes. Solo podemos suponer que somos más fuertes y mejor que otros. ¡Oh, déjanos soportarnos en amor! Somos de la familia celestial, por un tiempo; y Jesús vendrá de nuevo para llevarnos a Él. Somos de la familia celestial, pero por un rato estaremos juntos en el cielo, donde solo hay perfecta armonía y amor; seguramente, entonces, aquí podemos amarnos unos a otros, y soportarnos unos a otros, y cuidarnos unos a otros.

¿Por qué, si se nos ha instruido mejor, somos mejor instruidos? ¿Por qué, si somos más fuertes, somos más fuertes? ¿Por qué, si somos más ricos, somos más ricos? Con este propósito: poder comunicar la abundancia que en las riquezas de la gracia de Dios hemos recibido, a los que no tienen tanto. Así como las nubes se vacían para bendecir a otros, así nosotros, si somos mejor instruidos que los demás, lo somos para soportar a los que están menos instruidos y echarles una mano. En estas nuestras reuniones aprendemos esta lección: que por la gracia de Dios, los que creemos en Jesús, de ahora en adelante buscaremos esforzarnos más fervientemente, más habitualmente, más plenamente de lo que lo hemos hecho hasta ahora para soportar las debilidades y flaquezas de los demás, y así ¡qué provechosas reuniones habrán sido! No deberíamos estar satisfechos a menos que lleguemos a este estado de corazón del que no conocemos nada menos entre los discípulos que la preciosa sangre de Cristo nos ha limpiado. Ese es el vínculo de unión, el pertenecer a Cristo. Uno con Cristo: ese es el gran vínculo que debemos mantener ante nosotros. Cuando más nos damos cuenta de que la gracia de Dios nos ha aprehendido en Cristo y ha revelado a nuestro corazón al Señor Jesucristo, que todos somos comprados con la misma sangre preciosa, que todos estamos en el mismo Espíritu, que la misma vida del Jesús resucitado está en nosotros, que todos somos herederos de Dios, y coherederos con Cristo, y dentro de poco entraremos en la gloria de Dios, si estas cosas estuvieran más presentes en nuestros corazones, ¡cuán amorosos, amables y tolerantes serían los hijos de Dios! Y una vez más, en este siglo diecinueve se diría: “Mira cómo estos cristianos se aman unos a otros”.

Solo busquemos apuntar después de esto, a que veamos a Cristo en los demás, y no a la vieja naturaleza; la vida del Jesús resucitado el uno en el otro. Si buscamos discernir a Cristo el uno en el otro, seremos atraídos el uno al otro. Que Dios conceda que esto sea así. Oremos y trabajemos para que así sea. Resistamos a Satanás, para que no tenga dominio sobre nosotros. Que Dios lo conceda.

www.george-muller.es

Este sermón se trata de una traducción realizada por www.george-muller.es del documento original proporcionado por The George Muller Charitable Trust, fundación que sigue el trabajo comenzado por George Müller y que actualmente trabajan en Bristol, concretamente en Ashley Down Road, y que se dedica a promover la educación, el cristianismo evangélico y ayudar a los necesitados. Para más información, puedes visitar su web www.mullers.org